

María Zambrano y el Zen*

Atendiendo a la etimología de la palabra «cultura» (del latín *colere*: cultivar, practicar, honrar), una cultura es en cierto modo un «culto» a la realidad, es decir, la práctica mediante la cual se conjura a la realidad para que permanezca favorable, lo que equivale a decir: para que se mantenga en un cierto orden, para que sea en alguna medida controlable, que permanezca en un horizonte visible. Lo que una cultura ofrece, en efecto, es ante todo una forma de ver. Según la visión que se adopta se establecerán los significados, se dictarán las leyes, se adoptarán comportamientos, se formarán los sistemas de creencias y, en base a éstos, se regularán las formas de ser y de comunicarse.

El realismo y el idealismo han sido y siguen siendo dos modos de ver, dos mundos posibles. Un tercer modo de ver —y de hacer cultura— es el que procura la tradición fenomenológica, sobre todo a partir de las últimas décadas. La recuperación de lo vital, de lo cotidiano, con Ortega por ejemplo, o con Merleau-Ponty, son factores que consagran un tipo de visión que alcanza a ser síntesis de las dos anteriores. Siguiendo esta trayectoria, la obra de María Zambrano apunta a esta síntesis que ya había logrado sin embargo el budismo durante su desarrollo desde el siglo V al VI d.C., cuando la escuela Mahayana pasó desde la India a China.

Vamos a centrarnos, en este ensayo, en un punto de coincidencia que tal vez pueda resumir las distintas convergencias que pueden hallarse entre la obra de María Zambrano y una de las escuelas más representativas hoy en día del budismo Mahayana, el budismo Zen.

Debe aclararse ante todo que, aun siendo María Zambrano una autora totalmente fiel a su propia tradición, no le pasaron desapercibidas las ventajas que Oriente podía aportar al pensamiento. Aunque no dedicó al tema una especial atención, son numerosos los párrafos que hacen referencia a ello¹ y demuestran la admiración que le tenía a aquel saber de quietud tan cercano al que ella misma propone. Pero no es precisamente a esto a lo que vamos a referirnos a lo largo del presente artículo, sino a la existencia de una idea bastante más soterrada que sin embargo sostiene y da coherencia a toda la obra zambraniana.

* Con este ensayo de nuestra colaboradora Chantal Maillard, *Cuadernos Hispanoamericanos* rinde homenaje a María Zambrano, recientemente fallecida. Esta revista dedicó su número 413 (noviembre de 1984) al estudio de la obra de la gran escritora española. (Redacción)

¹ Consultar, a modo de ejemplo: Claros del Bosque (Seix Barral, 1977), pp. 16 y 125; Filosofía y Poesía en Obras Reunidas (Aguilar, 1971), p. 293; El pensamiento vivo de Séneca (Cátedra, 1987), pp. 28-29; El hombre y lo divino (F.C.E., 1973), p. 388; Hacia un saber sobre el alma (Losada, 1950), p. 20.

Se trata, a grandes rasgos, de una de las modalidades del movimiento dialéctico: la acción de dos fuerzas opuestas generadoras de un movimiento. Movimiento circular en este caso, o mejor dicho, espiral, pues nunca se reemprende la marcha exactamente en el mismo punto donde el círculo se cierra. Cuando el origen se recupera, el movimiento prosigue en una esfera superior.

Puede hablarse de este tipo de movimiento tanto desde una perspectiva epistemológica como desde una perspectiva ontológico-existencial. En ambos casos hablaríamos de una superación de contradicciones. Epistemológicamente, se trataría de la anulación de supuestos o conceptos contradictorios; ontológicamente, de la anulación de las imágenes personales. En ambos casos tendría lugar, a lo largo del proceso, un vaciamiento interior, en cuanto a significados se refiere, lo bastante radical como para que las imágenes originales se despojen al máximo de su lastre conceptual para así, a partir de ellas, iniciar un nuevo círculo comprensivo.

Se trata, pues, de un movimiento de ida y de regreso, de salida o *epojé* de lo supuestamente conocido, y de regreso a aquella «realidad» de donde se ha partido, pero con la conciencia de los límites de aquellas palabras mediante las que se volverá a nombrarla. El trayecto es un camino de des-conocimiento en el sentido iniciático del término.

De manera más esquemática, este «ir y regresar» podría describirse de la siguiente forma: 1º) Negación de la «realidad» de lo «dado» tal como se nos presenta: la «realidad» (en su sentido veritativo) está «más allá» del fenómeno.

(A = -A).

2º) Afirmación de la contradicción: la «realidad» de lo dado es a la vez lo que se nos presenta y lo que no se nos da en lo que aparece: la realidad está más allá y a la vez está siendo el propio fenómeno.

(A = -A y -(A), o sea que A = -A y A).

3º) Reafirmación de la «realidad» de lo dado por hacerse presente en ello lo que no nos es dado directamente: lo que está «más allá» se integra en fenómeno. El fenómeno es el lugar de aparición y el aparecer mismo.

(-A = A).

Frente a la posibilidad de iniciar este movimiento, pueden adoptarse diversas actitudes: —la resistencia al viaje: una solicitud estática propia de aquellos que se aferran al lugar de partida negándose a salir por miedo a perder el mundo, a perderse; —la resistencia al regreso: actitud dispersa de los que se niegan, por su afán de aventura, al camino de vuelta, de los que quieren habitar en la abstracción, fuera del mundo, fuera de sí; —la actitud más difícil, porque es la de una constante renuncia al suelo firme que parecen ofrecer las modalidades de pensamiento que continuamente se reafirman en sus modos de acción o/y de observación: la de aquellos que procurando hallar el *medio* (el justo «medio» que es el ser más auténtico de lo humano) no renuncian al viaje ni tampoco se niegan al regreso.

Es ésta la dignidad que comparte el Zen con algunos de nuestros pensadores, en este caso con María Zambrano: la de ser fiel, como ella misma dice², «a lo que pide ser sacado del silencio» creando, en quien esto hace, la integridad de su propio ser. Ser fiel, en definitiva, a esa desintegración que exige la realidad para ser palpada en su aparecer y luego devuelta a su apariencia; para realizar la tan difícil alquimia de la resurrección de un ser íntegro a partir de la devolución del Logos, después de su histórico extravío, al inconmensurable reino de las posibilidades.

Algo que de este «hacer» se vislumbraba en la duda metódica y en los principios de la fenomenología eidética aparecerá por tanto en la búsqueda que efectúa Zambrano a través del lenguaje poético, y en la austeridad del método Zen; algo que tiene que ver con el total desprendimiento, por parte de la razón, en pro de una «verdad» que sólo podrá hallarse en el lugar de la convergencia de la razón con esa instancia que la trasciende y en la que participa al rendirse. Y esto, a pesar de que María Zambrano siga confiando en un logos-horizonte mensurable y ordenado, esa luz cuya horizontalidad, al levantarse la aurora, deberá ordenar el mundo y situar en él al hombre. No obstante, por el carácter intuitivo de su acercamiento —o tal vez debiera decirse de su *escucha*, pues, más que esfuerzo de indagación, se trata de una quietud atenta—, Zambrano toca el núcleo, el centro de esa «realidad» que para la mayoría de los filósofos adquiere todo lo más carácter noemático. Mas una cosa es tocarla y otra muy distinta expresarla.

Zambrano procura recuperar el carácter metafísico de la realidad a partir de la realidad, no a partir de los conceptos que la expresan³.

Es consciente de la necesidad de situarse *en* las cosas para luego poder hablar —o dejar de hablar— de ellas. Pero partir de la realidad supone la adquisición de una visión íntima de las cosas, supone captar la realidad no tanto en su esencia como en su *estar viva*, es decir, penetrar en ella siguiendo su ritmo, su proceso, su constante devenir. El problema que se plantea entonces es cómo adquirir, desde ahí, algún tipo de conocimiento, cómo «dar razón» de «algo» cuando no hay ningún «algo» de lo que dar razón puesto que, en esta participación del sujeto *en/con* el objeto, toda substancia distinta se desrealiza, sólo tiene lugar la experiencia. Y ciertamente, la experiencia es ya visión, cierto tipo de visión previa al concepto, entre la pura imagen y el símbolo.

Situarse en el mundo es pues un acto y una experiencia —en ello consiste el movimiento existencial—, y como tal requiere un modo de expresión que participe de la imagen. Zambrano, al hacer un uso «poiético» de la razón, tanto para descubrir la realidad viva como para expresarla, procura mantener su discurso en esa precaria claridad en la mediación en la que el símbolo no ha forzado aún sus propios límites. La razón poética, a la vez forma de conocimiento y «saber de experiencia», es el acto simple que, aunando las dos funciones de aprehensión (síntesis) y expresión (análisis), capta y expresa lo que capta creativamente. Tal vez pudiera ser éste el método adecuado para solucionar el gran problema del conocimiento: cómo simultanear el acto

² María Zambrano; «Por qué se escribe», Rev. de Occidente n.º 132, Madrid, 1934.

³ Para ampliar el tema que nos ocupa, pueden consultarse el capítulo dedicado a Zambrano y Bergson y los estudios comparativos sobre Bergson y el budismo zen: *The Intuition of Zen and Bergson*, (Tokyo, Herder Agency, 1969) de Minoru Yamaguchi y los artículos de C. Santos-Escudero en la revista *Pensamiento*, vol. XXXI, 1975, pp. 55-68 y 167-177.